

Don Enrique Alvear

La solidaridad como unión mística entre Jesús y los pobres

MAXIMILIANO SALINAS

Después de once años de su muerte, la figura de don Enrique Alvear se hace cada vez más inconfundible. El fue el obispo de los pobres. Así se lo llamó y así quiso ser reconocido. ¿Qué significado tiene este título tan hermoso y evangélico? Por de pronto, no se da por decreto. Es algo que va naciendo en el trato amoroso con los pequeños de este mundo. De allí su confesión al celebrar, en 1982, por última vez en la tierra, el aniversario de su consagración episcopal: «*He aprendido de la zona oeste a ser pastor, junto a los pobres*».

Don Enrique Alvear fue obispo entre 1963 y 1982: tiempo del Concilio Vaticano II y la época posconciliar de Medellín y Puebla. Entonces la Iglesia vivió una renovación apasionante. Teológicamente en América Latina se insistió en la figura de Jesús histórico y por supuesto ello significó un encuentro con los pobres.

Esto lo tuvo perfectamente claro don Enrique al ser consagrado obispo. Quiso estar rodeado de ellos para decirles: «*Cuando los pobres, en los campos y ciudades de Palestina, andaban errantes, como hijos sin padre, Jesús se llenaba de compasión y se ponía a enseñarles, largas horas. Cuando los veía con hambre multiplicaba el pan..., les devolvía la salud, les devolvía la fe, la alegría de vivir... Y muere por ellos para que resuciten con él*».

Esa relación de intimidad vivificante

de Jesús con los pobres se transmitió a don Enrique hasta llegar a definirlo por completo. Por los campos y ciudades de Chile se fue encontrando con los pobres, ansiosos de abundante vida, como los de la Palestina de Jesús, para repartir con ellos el pan, la salud, la alegría, hasta brindarles su propia "pascua", como se ha designado entre los suyos su paso a la vida resplandeciente de Dios. Toda la vida episcopal de don Enrique se comprende a la luz de la intimidad vivificante de Jesús y los pobres. Ella es la que merece definirse con la palabra solidaridad: «*Siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de que os enriqueciérais con su pobreza*» (2 Cor 8, 6).

Nueva conciencia conciliar

Las enseñanzas del Concilio Vaticano II permitieron que la Iglesia se autocomprendiera cada vez más por su relación al Reino de Dios. Ella no es presentada allí como un fin en sí misma, sino como un germen y un sacramento al servicio de aquél.

Se hizo posible

Monseñor Enrique Alvear, el obispo de los pobres



acercar la Iglesia a la historia y cotidianidad de los pobres. Esta tarea la asumió don Enrique especialmente durante los primeros diez años de su vida episcopal como obispo auxiliar de Talca y titular de San Felipe, entre 1963 y 1973. Esta voluntad se advirtió desde un primer momento al desear ser consagrado obispo no en un templo, sino en un gimnasio donde pudiera compartir con los pobres. Don Enrique quería hacer de ese acto, como se lo comunicó al papa Juan XXIII, «un mensaje de la Iglesia a la clase obrera... que las clases populares conozcan cada vez con mayor claridad que la Iglesia está junto a ellas».

Desde su llegada a Talca, quiso revivir a través de una hermosa misión la actitud solidaria del buen samaritano más que la de los sacerdotes y levitas (Cfr. Lc 10, 31-32) que, como dijo Jesús, enseñaban en el templo el amor al prójimo sin practicarlo. Los pobres de la región lo percibieron más que como un obispo, como un hermano o un amigo. No trajo a los pobres a la Iglesia, sino que él fue donde los pobres. Un dirigente de la antigua CUT local dijo de él: «Antes el punto central era el cura. Siempre un grupo de personas rodeando a un cura. Si iba a un sindicato, toda la gente rodeaba al cura... En cambio, don Enrique se quedaba, era uno más. El echaba una empujadita para que se trataran los problemas de la gente, no los problemas del cura...».

A la diócesis de San Felipe llegó en 1965 para impulsar la hasta entonces débil presencia de la Iglesia en medio de los campesinos y trabajadores. Al vicario capitular le comunicó cómo deseaba llegar a Aconcagua: «El obispo llega en su automóvil a la entrada de la ciudad. Se baja y se encuentra con los dirigentes obreros y campesinos y con la masa de los pobres. ¡Ojalá pudieran concurrir los dirigentes o instituciones obreras aunque no pertenezcan a los cuadros oficiales de la iglesia!».

A poco andar prestó los salones del obispado, en pleno centro de San Felipe, para que la gente constituyera sindicatos o comandos de pobladores. Además, siempre estuvo presente en la constitución de los asentamientos campesinos tras la expropiación de los fundos a los antiguos patrones. A las liturgias catedralicias prefirió las celebradas en lugares apartados. Aún se recuerda su celebración de la Navidad en 1970, en una ramada de una cancha de fútbol de Longotoma.

En medio de la efervescencia social de la época llamó a confiar, sin miedo, en la creación de un

Chile solidario. En 1969 decía en una carta al director de *El Mercurio*: «No andemos temerosos porque hay signos de violencia, anhelos revolucionarios... Sintamos la alegría que todo eso es un signo que nos manifiesta que Dios está impulsando en el mundo un gran cambio. El quiere una comunidad humana donde el hombre sea más persona y las personas más solidarias». Por iniciativa suya la asamblea plenaria del episcopado, en 1971, cambió su temario para abordar la nueva realidad política del país. Para don Enrique el nuevo gobierno socialista proponía objetivos muy concordantes con los anhelos del pueblo y con los ideales cristianos.

El Cristo solidario. 1974-1982

Durante los últimos ocho años de su vida, y de su vida episcopal, don Enrique logró llevar a una expresión sublime la unión mística de Jesús y los pobres al acentuar la figura positiva del Cristo solidario. En los tiempos más violentos de la administración militar, afrontando las consecuencias trágicas de un mundo que no supo ser solidario, don Enrique Alvear logró hacer patente cálida intimidad de Jesús con las víctimas del nuevo orden liberal autoritario.

En 1974, el obispo titular de San Felipe renunció a su diócesis para ser obispo auxiliar de Santiago y estar más cerca del cardenal Silva Henríquez y de los pobres de la capital.

Los presos y perseguidos, los muertos y desaparecidos, los obreros y los pobladores sin casa - todas las víctimas del nuevo gobierno anticomunista - fueron el centro de su atención. Desde ellos renacía la Iglesia, la evangelización, el amor de Dios. El mismo quiso ser testimonio de ello. Personalmente fue a rescatar a una joven detenida en Villa Grimaldi en 1974. Fue detenido en una persecución de la DINA contra los comunistas en 1976. Personalmente descubrió a los desaparecidos de Lonquén en 1978. Personalmente respaldó una toma de terrenos en Pudahuel Sur en 1981...

La solidaridad en todos estos casos, y en muchos más, no era sólo una actitud humanista, humanitaria. Era la señal preciosa de la intimidad espléndida de Jesús con los pobres. En 1979 le dijo orgulloso al papa Juan Pablo II que su principal logro como obispo había sido incorporar la solidaridad como parte de la evangelización. Al fin, ambas no eran más que un solo proceso histórico a

